

y en medio de ladrones, con voz de pregonero que publicaba sus fingidos delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. Contempla á los ángeles, que desde el cielo miran espantados á su Señor en medio de tales afrentas, con deseo de bajar á defender su causa; y al Eterno Padre, que, cual otro Abraham<sup>1</sup>, con el fuego en la mano, y con el cuchillo desenvainado, va acompañando á su obedientísimo Isaac hasta el santo monte. ¡Oh Padre celestial! Abrasadme con ese fuego para que ame al que tanto me amó; heridme con ese cuchillo de modo que muera en mí todo lo que os desagrade; descubridme á la luz de este fuego divino la grandeza de vuestra inmensa caridad y la profundidad de la humildad y obediencia de vuestro Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á la vista de todo el mundo. ¡Oh, quién pudiese participar de sus afrentas y acompañarle en el camino del Calvario! ¿Le seguimos nosotros á lo menos con la consideración y compasión? ¿Ó es nuestra vida causa de su mayor deshonra, como la de los ladrones?

**Punto 3.º** *Dolor de Jesús por el peso de la cruz y de los pecados que ella representa.*—Considera en este punto la grande congoja y dolor que sentiría el cuerpo flaco de Jesucristo con la pesadísima carga de la cruz. ¡Qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado por los tormentos pasados! ¡Cómo sudaría de fatiga, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ellas. Y este divino Señor ve cómo los hombres pisan su sangre sin que haya quien la recoja, y se ríen de su cansancio sin que nadie le ayude; muy al contrario, este cansancio les da nueva ocasión de injuriarle. ¡Qué dolor! Mas, pondera cómo lo que más siente Jesús en este doloroso camino, no es tanto la carga de la cruz, cuanto la carga de nuestros pecados, que por ella se representan; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor; de quien dijo Isaías: «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros». ¡Oh dulce Jesús! Mis pecados son los que cargan sobre vuestros hombros. Yo soy la oveja que erré, y Vos sois llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido, para no daros tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como Vos lle-

<sup>1</sup> Genes., XVII, 6. — <sup>2</sup> Isai., LII, 6.

vasteis la vuestra. ¿Nos animan á nosotros estos sentimientos? Si Jesús tanto padece por nuestros pecados, ¿cómo nosotros no nos mortificamos por ellos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cómo brilla el amor infinito de Jesucristo en aceptar la cruz en la que ha de morir afrentosa muerte! Apenas se acaba de dar la sentencia, cuando los soldados, impacientes por ejecutarla, llevan al Señor á la sala de los azotes, cámbianle las vestiduras, poniéndole las suyas propias; preséntanle la cruz, con la cual amorosamente se abraza, saludándola con ternura sin igual; y sacando de la cárcel dos ladrones para que vayan con Él y mueran al mismo tiempo en el Calvario, emprenden el camino, dirigiéndose hacia la cumbre del monte en donde se ha de consumir el sacrificio. ¡Qué vergüenza y afrenta pasaría Jesús al versé cargado con el infame madero, en medio de dos facinerosos, como si fuese el mayor de todos, caminando al son de trompeta hacia el Calvario! ¡Qué congoja y dolor experimentaría su fatigado y enflaquecido cuerpo subiendo por aquel áspero camino, cargado con el pesado madero, dejando en pos de sí un reguero de sangre! Mas ¡qué confusión y pena le causaría la enorme carga de los pecados de todo el mundo, que su Padre celestial le había impuesto, por haberse Él mismo ofrecido á asumir la responsabilidad de todos los pecadores! Miremos con dolor á Jesús, y al contemplarle en este paso, jadeando y manando de todo su cuerpo copioso sudor, preguntémos: ¿Qué penitencia hacemos nosotros por los pecados que hemos cometido? ¿Cómo recibimos las tribulaciones y cruces que el Señor nos envía? ¿Qué debemos hacer para consolar y ayudar á Jesús, tan afligido y cansado? ¿Qué desea de nosotros este divino Señor? Basta ya de ingraticudes; no seamos mezquinos con un Señor que tan generoso se muestra con nosotros; resolvamos lo que hemos de practicar y evitar; pidamos gracia para ejecutarlo, y roguemos por todo lo que deseamos obtener.

#### 50.—SIMÓN CIRINEO AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Temiendo los judíos que Jesús se les muriese antes de llegar al Calvario, obligaron á Simón Cirineo á que llevase la cruz en pos de Él.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús caminando con paso vacilante y á Simón en pos de Él llevando la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ayudar á Jesús del modo que puedes.

**Punto 1.º** *Jesús, en su flaqueza, ordena que un hombre le ayude á llevar la cruz.*—Caminando Jesús con su cruz áuestas, como temieran los judíos que se muriese en el camino, asieron de un hombre, llamado Simón, para que llevase la cruz detrás de Él<sup>1</sup>. Sobre este paso puedes considerar la grande fatiga

<sup>1</sup> Luc., XXIII, 26.

y debilidad que tenía Cristo en este camino; de lo cual tomarían sus enemigos ocasión para baldonarle por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres días podía levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufría el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de crucificarle en ella. De donde has de sacar tú consuelo en tus trabajos, y en la cruz que te cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo, que proveerá quien te ayude á llevarla, acordándote de lo que dice san Pablo: «Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante». Pondera también cómo Cristo nuestro Señor, aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino dispuso que la cruz se diese á otro, que la llevase tras Él, para significar que la cruz se había de comunicar á sus fieles, que, á imitación suya, habían de llevarla, cumpliendo lo que había dicho: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». ¡Oh buen Jesús! Si Vos vais delante y lleváis cruz tan pesada que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo llevando la mía con las fuerzas que me dáis para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mía; vuestra, porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra orden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mía, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es para mi provecho. Siendo esto así, ¿quién rehusará llevarla? ¿Quién no querrá aliviaros en vuestro cansancio? ¿No nos compadecemos de la debilidad y falta de fuerzas del Señor? ¿No recibiremos con amor y agradecimiento la cruz que nos envíe?

**Punto 2.º** *Para que el Cirineo tomase la cruz, fué necesario forzarle.*—Considera cómo entre tan innumerable muchedumbre de gente que asistía al espectáculo del Calvario, no hubo uno solo que espontáneamente se ofreciese á llevar la cruz de Cristo, ni á ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenían por género de maldición é irregularidad el tocar la cruz, por cuanto, según la ley, era maldito el que moría en ella: los soldados gentiles teníanlo por afrenta; y entre los amigos y discípulos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenía acobardados; y así, hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representan varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la vir-

<sup>1</sup> II Cor., 1, 8. — <sup>2</sup> Luc., ix, 23. — <sup>3</sup> Galat., iii, 13; Deut., xxi, 23.

tud que Dios ha puesto en ella, como los gentiles: otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos: otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Cuántos son aquellos de quienes dice san Pablo <sup>1</sup> que son enemigos de la cruz de Cristo, teniendo por Dios al vientre y á su gloria vana para su confusión! Pondera también cómo todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, si no es en alguna manera forzado, como Simón Cirineo, pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de la necesidad virtud, como este cirenense; pero á otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiración y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinación de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan el llevar la cruz; y, como san Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. ¿Llevamos nosotros la cruz con paciencia y alegría? ¿La miramos como una carga afrentosa como los gentiles, ó pesada como los sensuales, ó maldita como los judíos? ¡Oh dulce Salvador! Ya que á ninguno queréis forzar á que lleve vuestra cruz contra su voluntad, y por esto dijisteis: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz, y sígame»; mirad que mi carne repugna y contradice á llevarla; prevenidme con vuestra gracia para que con ella yo la fuerce, y tome de grado vuestra cruz, siguiéndoos á Vos, que tan de grado la llevasteis por mí.

**Punto 3.º** *Circunstancias que concurrieron en el Cirineo.*—Considera en este punto las circunstancias de este hombre que llevó la cruz de Cristo, sacando de ellas las enseñanzas que encierran, pues no sucedieron en vano. Primeramente, llamóse Simón, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere; y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás, antes les son carga, haciendo, como dice san Pablo <sup>2</sup>, que lleven la suya gimiendo. En segundo lugar, este hombre era extranjero, y venía de una granja, caminando á Jerusalén, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolverse á vivir como peregrinos, y dejar el mundo y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalén; y si de esta manera deseas vivir, cuando más descuidado estuvieres, te encontrarás con Cristo, y te hará digno de que padezcas con Él y por Él. Y, como el trabajo del Cirineo duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él y de sus hijos en la Iglesia; así, si tú llevas la cruz de Cristo, aunque

<sup>1</sup> Philip., iii, 18. — <sup>2</sup> Hebr., xiii, 17.

hayas comenzado á la fuerza, prosiguiendo con la paciencia y de grado, tu trabajo durará poco, y tu gloria será mucha y eterna. ¡Oh, dichoso el que encuentra á Cristo cargado con la cruz! ¡Dichosos los obedientes á quienes concede el Señor parte de su trabajo, haciéndoles después participantes de sus premios! ¡Oh Jesús dulcísimo! Concededme esta soberana virtud, con la cual me sujete á vuestra ordenación, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada. ¿Qué nos falta para imitar las circunstancias que concurren en el Cirineo? ¿Carecemos de la virtud de la obediencia? ¿Procuramos vivir como extranjeros y peregrinos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán apurado sería el estado en que se hallaba Jesús cuando subía la montaña del Calvario con la cruz á costas! Los pontífices y soldados temieron que no llegaría á su cumbre, y que se verían privados del placer de verle crucificado; y movidos de este temor, resolvieron que fuese ayudado á llevar el pesado madero. Mas ¿quién hará este oficio de caridad con Jesucristo? Parece increíble; no se halló uno solo que lo hiciera voluntariamente. Unos, porque lo consideraban como una deshonra; otros, porque lo miraban como escándalo; quiénes por delicadeza, quiénes por orgullo ó sensualidad: todos rehusan llevar la cruz del Señor, y es necesario apelar á la fuerza para que haya uno que cargue con ella. ¡Oh cuán ingratos son los hombres con su Dios! De Él reciben las fuerzas, salud y bienes, y nada de esto quieren consagrarle. Por fin, Simón Cirineo es el afortunado que, si bien toma con desagrado la cruz, llévala después con paciencia, para aliviar á Jesús la carga. No es extraño; llamábase Simón, que significa obediente, y era extranjero que caminaba hacia Jerusalén; y los que como extranjeros viven en este mundo, suspirando por el cielo y son obedientes, son los que ayudan á Jesús á llevar la cruz. Pues ¿qué nos conviene hacer y resolver? ¿Desechamos la cruz que el Señor nos envía? Actualmente, ¿en qué consiste nuestra cruz? ¿Cómo la llevamos? ¿Nos quejamos de su peso ó duración? ¡Oh! ¡Si supiésemos imitar al divino Salvador, y aliviarle la carga con nuestra pronta y alegre obediencia! Hagamos para este fin aquellas resoluciones prácticas que nos conviene, rogando al Señor nos ayude á cumplirlas y nos socorra en todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

## 51.—ENCUENTRO DE JESUCRISTO CON SU SANTÍSIMA MADRE.

PRELUDIO 1.º Entre la mucha gente que seguía á Jesús, había algunas mujeres compasivas que lloraban, y las consoló; luego su Madre salióle al encuentro.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús consolando á las mujeres y encontrándose con María Santísima.

PRELUDIO 3.º Pide tierna compasión de las penas de Jesús y María.

**Punto 1.º Diversos fines de los que siguen á Jesús.**—Seguía á Jesucristo hacia el Calvario gran muchedumbre del pueblo, y entre esta multitud había muchas mujeres que lloraban y lamentaban los trabajos y dolores del Señor. Acerca de esto has de ponderar con mucha atención los diversos fines de los que iban siguiendo á Jesucristo; los cuales son los mismos que se proponen los hombres al meditar ó recordar las penas de este Señor. Unos le seguían para crucificarle, como los soldados y verdugos; así obran aquellos que hablan de Jesús, pero no para honrarle con sus palabras, sino para matarle, quitándole la divinidad, hablando de Él como si fuera puro hombre. Otros le seguían para escarnecer de Él, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; figura muy expresiva de los escandalosos que se complacen en apartar á las almas del servicio de Jesús, y se alegran de las injurias que le hacen, y procuran con sus palabras y malos ejemplos inducir á otros á que le ofendan. Otros le seguían por la simple curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo; los cuales representan á la chusma del pueblo curiosa, que no sabe meditar en los misterios de Cristo, y no pasa de la corteza exterior que presentan. Otros, por algún conocimiento y amistad que tenían de Cristo, le seguían llorando de compasión natural por los trabajos que padecía; mas entre toda esta muchedumbre no había ninguno que le siguiese con deseo de ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con Él, al modo que había dicho: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz, y sígame». Ponderando estas varias clases de los que siguen á Cristo, has de confundirte, viendo que tantas veces te has olvidado del verdadero fin que debe moverte á meditar la Pasión, contentándote con alimentar la vanidad ó la curiosidad. ¡Oh buen Jesús! Dadme abundante gracia para que os siga, no como esta turba del pueblo, sin devoción, amor ni compasión, ó con sola compasión natural, cual se podría tener de un enemigo y aun de un ser irracional; sino del modo que Vos queréis ser seguido, abrazando vuestra cruz, para morir con Vos en ella. ¿Cómo seguimos nosotros á Jesús? ¿Qué fruto sacamos de la meditación de sus trabajos?

**Punto 2.º** *Jesús consuela á las mujeres de Jerusalén que llorando le siguen.*—Viendo Jesús los lamentos de las mujeres que le seguían, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, sino por vosotras y por vuestros hijos; porque día vendrá en que se diga: Bienaventuradas las que no tuvieron hijos. Porque, si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?» En cuyas palabras has de considerar cómo el Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguían y lloraban, las enseñó el modo cómo habían de llorar con más perfección, diciéndolas: «No queráis llorar por Mí, sino llorad sobre vosotras». Con lo cual no prohíbe el llorar su Pasión, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son los pecados, como quien dice: No lloréis tanto por Mí y por lo que padezco, cuanto por vosotras y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi Pasión. Pondera luego la infinita caridad de este Señor, que, como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su Pasión y muerte para alcanzar perdón de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: «Si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?» Que fué decir: Si á Mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados? ¡Oh palabra temible, capaz de hacer estremecer de espanto á los mayores santos! ¡Oh Padre eterno! Apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente. Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas, por sus merecimientos, os suplico me ingiráis en Él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. ¿Hemos meditado nosotros las palabras de Jesús? ¿Lloramos nuestros pecados que son la causa de sus penas? ¿Tememos los rigores de la divina justicia?

**Punto 3.º** *María encuentra á Jesús en el camino del Calvario.*—Considera cómo, según piamente se cree, la Virgen Santísima, oída la triste nueva de la condenación de su Hijo á muerte, salió con san Juan y la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre; y al tiempo que Jesús volvió el rostro á las hijas de Jerusalén, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Virgen cuando vió á su Hijo

con aquella cruel corona de espinas que hería su cabeza, su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan encorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalén así lloraban y sentían las penas del Señor, no teniéndole más que por santo, ¿cómo las lloraría y sentiría la que le tenía por su hijo y por su Dios? Alzó luego los ojos del alma al Eterno Padre, y vió en espíritu<sup>1</sup>, que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo; y con encendidos afectos, unas veces se resignaría enteramente con la voluntad del Padre celestial, que disponía muriese el Hijo para dar vida al esclavo, agradeciéndole tan extraña caridad; otras veces se ofrecería ella misma en holocausto, con deseo de consumir el sacrificio y morir juntamente con su Hijo por la salvación del mundo; otras ofrecería al Padre celestial la sangre preciosísima de Jesús, rogándole que fuese medicina eficaz para curar todos los pecados de los hombres. ¡Oh Virgen Santísima! Pues tanto amáis á los pecadores, que os ofrecéis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me tenéis, en darme á sentir los dolores que sentisteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con Él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. ¡Oh, quién penetrara en vuestro corazón en ese momento en que divisáis á vuestro afligido Jesús! ¿Meditamos la pena que en este momento padece la Virgen? ¿Participamos de los afectos que embargaban su espíritu?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué sentimientos tan diversos, qué afectos tan encontrados ocupan la mente y el corazón de los que acompañan á Cristo hacia el Calvario! Unos van para matarle, otros para gozarse y complacerse en sus trabajos y muerte, otros por simple curiosidad, otros movidos de la compasión natural; ninguno para ayudar y aligerar la carga á Jesús. Así son los cristianos que hablan ó meditan los trabajos del Señor. ¿Cómo pensamos nosotros? ¿Qué sentimientos, qué afectos ocupan nuestra alma? Jesucristo, que en medio de sus tormentos conservaba toda su autoridad, al ver las lágrimas que de natural compasión derramaban las hijas de Jerusalén, quiso instruir las y á la vez consolarlas. «No lloréis por Mí, dijo; llorad por vosotras y por vuestros hijos»; esto es, no lloréis tanto mis trabajos y aflicciones cuanto la causa de ellos, que son vuestros pecados y los de vuestros hijos. ¡Ay de vosotras si así no los lloráis! Porque si en el árbol verde esto se hace, ¿qué se hará en el seco? ¡Oh palabras más penetrantes que agudísima espada! ¿Quién no temblará, cuando ve que es Jesús quien las profiere? Miremos á María, que se encuentra con su adorado Hijo en el camino del Calvario. ¡Qué dolor! ¡Qué amargura para el Hijo y la Madre!

<sup>1</sup> Genes., xxii, 6.

¿Qué dicen uno y otro á nuestro corazón? ¿No nos compadecemos de ellos? ¿No nos mueve su dolor á sufrir con paciencia nuestros trabajos? Fijemos bien nuestra atención en una escena tan dolorosa como esta, y propongamos llorar nuestras culpas y evitarlas con mucho cuidado en adelante, á fin de no poner de nuestra parte la causa del dolor de Jesús y María: pidamos la gracia que al efecto necesitamos, y roguemos por todas las necesidades generales y particulares.

## 52.—PRELIMINARES DE LA CRUCIFIXIÓN.

PRELUDIO 1.º Llegado Jesús á la cumbre del Calvario, á eso del mediodía, antes de crucificarle, diéronle vino mirrado y le desnudaron.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en este doloroso paso.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de las penas de Jesús é imitación de sus virtudes.

**Punto 1.º** *Circunstancias de lugar y tiempo del sacrificio de Jesús.*—Considera en este punto las causas porque quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía, en tiempo de Pascua, cuyas circunstancias tienen misterio, y por eso fueron elegidas voluntariamente por Él. Con ellas se propuso el Salvador que su Pasión fuese para sí más penosa, y para nosotros más provechosa, por los raros ejemplos de virtud que en ella nos dejó. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicos y pudiesen ser vistos de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por fallo de la divina justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas y librarles de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, lleno de calaveras de los ajusticiados, lugar hediondo y asqueroso, para que se entendiese que derramaba su sangre para salud de vivos y muertos. Quiso también ser crucificado al mediodía, para que todos pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de fervor; significado por el sol de mediodía. Y por esta misma causa escogió el día solemne de Pascua, cuando concurría á Jerusalén innumerable gente; porque, llegando sus penas á noticia de muchos, fuesen más afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias cuales nunca en el mundo fueron vistas. ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy por haber escogido para vuestra muerte lo peor y más desechado de la tierra. Para nacer escogisteis un vil establo; para morir un

infame Calvario: para nacer elegís un asqueroso lugar, morada de animales; para morir otro no menos asqueroso, cubierto de calaveras de malhechores. Haced, Señor, que, á imitación vuestra, escoja para mí lo peor del mundo, huyendo de lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte. ¿Tenemos nosotros estos deseos? ¿Buscamos siempre aquello que más nos humilla?

**Punto 2.º** *Dan los soldados á beber á Jesús vino mezclado con mirra.*—Llegando al monte Calvario, los soldados dieron á Cristo vino mirrado mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberle <sup>1</sup>. Medita aquí y admira la crueldad grande de estos sayones, porque, acostumbrando dar buen vino <sup>2</sup> á los que habían de ajusticiar, para confortar su desmayo, y hallándose Cristo afligidísimo y cargado de sed, por estar muy desangrado y haber andado muchos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes y las espinas. Pero Jesús, sabiendo el vino que le daban, gustólo, en cierto modo, queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua, para darnos ejemplo de paciencia cuando los hombres, en vez de darnos alivio, nos dan tormento, y pagar por nuestras gulas y embriagueces; mas no lo tragó, para privarse del alivio que podía tener con aquella bebida. Pondera acerca de esto cuántos son los hombres que ahora dan á beber á Jesús vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones <sup>3</sup> con que los pecadores convidan á Jesucristo; pero, aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. ¡Oh Rey soberano! ¡Cuán diferente comida y bebida me dais de la que yo os doy! Vos me dais vuestro cuerpo y sangre santísima, y yo en retorno os vuelvo pan y vino mezclado con hieles amarguísimas. Perdonad, Señor, mi ingratitud, y ayudadme con vuestra gracia para que de hoy más os ofrezca vino de buenas obras tan puro y oloroso, que os alegre el gustarlo, rumiarlo y admitirlo en vuestro corazón, juntándome con Él con unión de perfecto amor. ¿Hemos ofrecido á Dios este suave vino? ¿No hemos imitado á los malvados judíos, mezclando con el vino de las buenas obras la hiel de las imperfecciones y pecados?

<sup>1</sup> Matth., xxvii, 34; Marc., xv, 23. — <sup>2</sup> Prov., xxxi, 6. — <sup>3</sup> Deut., xxxii, 32.

<sup>4</sup> Cant., vii, 9.